

# LA VOZ DE LA CARIDAD.



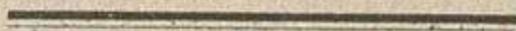
N.º 207.—15 de Octubre de 1878.

*Dios es caridad. (San Juan,  
Epíst. I, 4, 8.)*

## EN NOMBRE DE LOS POBRES.



A.....Los 40 rs. que V. nos ha enviado para los pobres, han socorrido una gran necesidad y ha atraído para V. y los suyos las bendiciones del cielo, que llenas de agradecimiento pedían á Dios las personas socorridas, que ya están acostumbradas á serlo por V. repetidamente.



## EL DESENGAÑO.



Segun el Diccionario de la lengua, desengaño es el «conocimiento de la verdad con que se sale del engaño ó error en que se estaba,» ó bien «claridad que se dice á otro echándole alguna falta en la cara.»

Recordamos el dicho de Larra: *El Diccionario tiene razon cuando la tiene*, y no nos parece que en este caso le asiste al confundir el *engaño* con el *error*, y significar con una misma palabra la situacion del que sale de uno y otro.

El error corresponde al entendimiento; en el engaño es raro que no intervenga la voluntad; en el uno puede no haber más que equivocacion, en el otro pocas veces deja de haber culpa; el primero modifica el estado de la inteligencia, el segundo afecta el corazon; el error puede no referirse más que á

las cosas; pero tratándose de engaño, hay siempre de por medio alguna persona.

El sentido comun lo comprende así, no confunde modificaciones del espíritu muy diferentes, ni llama *desengañado* al hombre que rectifica sus errores.

Sea de esto lo que fuere, tenga ó no razon el Diccionario de la lengua, nosotros vamos á usar la palabra *desengaño*, en el sentido moral, y en cuanto significa una voluntad torcida, un sentimiento lastimado, y que no vá á ilustrar el entendimiento sino á contristar el corazon.

El conocimiento de las cosas que se ignoraban, la rectificacion de cálculos inexactos, no producen desengaño, que es el conocimiento de juicios equivocados respecto á personas, que valen ménos de lo que habíamos supuesto, ó no sienten por nosotros lo que imaginábamos que sentian.

Y aun es necesario que estas personas nos sean queridas, porque si no, la equivocacion padecida respecto á ellas, no es desengaño, no pasa de *chasco*.

Todo el que ha vivido sabe que el desengaño es uno de los grandes dolores de la vida; todo el que ha pensado comprende los grandes males, los verdaderos extragos que hace en el alma; todo el que siente compadece esta desdicha y es digna de compasion.

Oimos decir de muchos ancianos, que son incrédulos para el bien y egoistas porque *están desengañados*; de personas que se han maleado á fuerza de desengaños, y no hay duda que el desengaño, en más ó en ménos grado, segun las circunstancias, desespera, desalienta, abrumba, perturba, extravía, endurece.

Cuando amamos á una persona, nos identificamos con ella, vivimos de la vida suya, y si el desengaño revela que carece de una buena cualidad que le atribuíamos, nos arranca un pedazo del corazon, y arroja en él plomo ardiendo al manifestarnos defectos de que la creimos exenta: se lloran lágrimas de sangre sobre estos ídolos derribados por el desengaño, que convierte un altar en una tumba.

Otras veces, no nos equivocamos sobre las excelencias de la persona, sino en los grados de su aprecio y de su cariño; el nuestro se siente herido, y el amor propio tambien, que rech-

na los dientes y arroja espuma corrosiva sobre la llaga.

El desencanto es aquí además ofensa, verdadera ó supuesta, pero sentida; es amargura infinita, considerando la realidad de un bien para nosotros ilusorio, perfecciones que se ostentan como agua cristalina, á la vista, no al alcance del sediento, que recuerda desolado los dias en que apagaba su sed en aquella fuente pura, dias ¡ay! que no volverán, porque el desengaño la ha secado. Allí están aquellas altas dotes que de consuelos parecen haberse convertido en insultos, y viéndonos mortificados de tantos modos, ni aun podemos despreciar al que nos aflige; sus buenas cualidades, que caian como gotas de bálsamo sobre nuestra alma, la hieren como dardos emponzoñados.

Para la mayoría de las gentes, las equivocaciones respecto á personas no pasan de *chascos*, mas para aquellos en quienes son desengaños el mal es tan grave, que seria obra verdaderamente caritativa procurarle remedio. No aspiramos nosotros á tanto; fuera locura proponerse fin tan grande con tan pequeños medios: nuestro propósito se limita á llamar la atencion sobre una causa de dolor por si algo podemos contribuir así, á que en lo sucesivo haya quien le analice, y en parte, al menos, le evite.

Lo primero que debemos notar, por ser lo más notable, es, que nadie, absolutamente nadie, habla más que de los desengaños *que recibe*. Ocorre esta pregunta: ¿Quién *dará* esos desengaños que todos reciben y que al parecer no son obra de ninguno? Sin que alguien los dé no pueden recibirse, no se realiza el fenómeno sin dos individualidades cuando menos, y nunca aparece más de una; la del engañado. ¿Dónde está el engañador?

¿Cómo reflexionar de buena fé sobre el asunto sin persuadirse de que todos somos á la vez engañadores y engañados, y que si es cierto que hemos recibido desengaños, no es menos seguro que los hemos dado tambien? Esto es evidente, puesto que seria imposible que la humanidad toda recibiera desengaños, sin que toda la humanidad los diera. Y decimos *toda* porque no hemos conocido persona alguna que no se queje de haber recibido algun desengaño.

Con esta observacion tenemos un dato importante, y en vez

de preocuparnos tan solo del mal que nos hicieron, podemos, debemos pensar en el mal *hecho*, calculando el dolor causado por el sentido. ¡Cuándo, cómo, dónde hicimos todo este daño? Largo y difícil exámen de conciencia, espectáculo tristísimo el de nuestro corazon, cuyas heridas son como el reflejo de otras abiertas por nosotros, y causa, no ya solo de dolor, sino de remordimiento.

Recordemos aquella distincion del desengaño producido por haber supuesto en una persona cualidades que no tiene, y el que resulta, cuando se comprende la verdad, de haberse creido objeto de un cariño ó de un aprecio que ya no se inspira, ó que nunca se inspiró.

Cuando nos hallamos con un hipócrita sagaz y refinado, es difícil que una persona, aunque sea prudente, no salga engañada; pero este caso es excepcional, y la regla es, que solemos hacer tanto, ó mucho más, para que nos engañen, como hacen las personas que amamos para engañarnos. Siendo grato que sea amable lo que es amado, nos dejamos llevar por este dulce sentimiento que no tarda en arrastrarnos; se empieza por exagerar las buenas cualidades y disminuir las malas, y se concluye por suponer excelencias que no existen y cerrar los ojos á los defectos ó negarlos resueltamente. Aquel conjunto de perfecciones es nuestra dicha y nuestro orgullo, todos han de confesarlas como la hermosura de Dulcinea, aunque nadie las haya visto, y escribimos sobre ellas el reto que puso Roldan sobre sus armas. ¡Ay del que intente mover aquel juicio, porque se hallará con nuestro corazon y con nuestro amor propio! Porque además de las fascinaciones del cariño, están las sugestiones del orgullo y de la vanidad para inducirnos á error y perpetuarnos en él. Es difícil y penoso contener los afectos y evitamos esta dificultad y esta pena, dejándoles libre expansion. ¡Por qué contenerlos cuando los merece el que es objeto de ellos? Su mérito justifica nuestro cariño, no debe medírsele á quien vale tanto, y la circunspeccion, no es ya una traba enojosa, sino que parece una ofensa y una indignidad. Y luego, nos realzamos á nuestros propios ojos y antes los demás, inspirando amor ó amistad á persona que tanto vale, y si resulta que la hemos juzgado mal, al desencanto y la pena se une la humillacion.

Además, nosotros, aquellos, los de más allá, todos, instintivamente presentamos la fase más agradable de nuestra fisonomía moral: el deseo de agradar, de no ser molestos, hasta la benevolencia, inspiran á veces disimulos, que inducen á error; y otras, la vehemencia de un sentimiento se sobrepone á ciertos defectos, los oculta, pero reaparecen pasado el entusiasmo, como las rocas sobre las aguas que la tempestad elevó: esto se sabe, pero se olvida, porque es enojoso el recordarlo cuando queremos motivar cariños ó justificar idolatrías.

Así pues, aun cuando aparecemos engañados, hemos hecho mucho, ó lo más, en ocasiones todo, para engañarnos; el engaño de que acusamos á los otros es la obra de nuestras pasiones, y el desengaño, la pena ¡terrible ciertamente! de nuestra imprudencia temeraria.

Cuando dejamos de inspirar ó no hemos inspirado nunca el amor ó la amistad de que nos creíamos objeto, el desengaño no es ménos triste, y solemos contribuir á él por impulsos, pasiones y debilidades análogas á las que nos hacen juzgar mal á las personas de nuestro cariño.

La vehemencia del deseo de ser amado en el que ama;  
 El derecho que se cree tener á inspirar lo que se siente;  
 La humillacion de sentir lo que no se inspira;  
 La propension á creer en la eternidad de los sentimientos fuertes:

Hé aquí motivos que nos engañan contra la razon y la justicia que desoimos. Ni el deseo de una cosa supone su realidad, ni el sentir un afecto dá derecho á otro igual, ni el amor propio mortificado debe hacernos cerrar los ojos á la verdad, ni la vehemencia de un afecto darnos confianza en su duracion, que supone elementos que no hemos analizado, y armonías que no sabemos si existen. ¿Hasta qué punto nos engañamos ó nos engañan los otros, cuando creemos inspirarles lo que por nosotros no sienten? ¿Es engaño suyo ó insensatez nuestra? ¿Es su corazon que miente, ó el nuestro que se fascina? ¿Es su proceder tortuoso ó nuestro amor propio que nos extravía?

En tanto número de desengañados hay muchos grados de culpa; pero es raro, muy raro, que nadie caiga en el abismo del desengaño, sin haberse acercado voluntariamente á la orilla. Se

concluye demasiado pronto del deseo á la realidad, del cariño al derecho de inspirarle, de la necesidad de los afectos á su eternidad; se llama á los misterios injusticias, y al rebelarse contra ellos, el rebelde cae herido gravemente. La imaginacion y el corazon hacen novelas que suelen convertirse en terribles dramas.

Parece que no guarda proporcion la dura pena del desengaño, con la ligereza de haber contribuido á engañarse; pero recordemos que siendo todos al par que engañados engañadores, no es una culpa si no dos las que motivan el terrible castigo.

¡Si los que empiezan la vida pudieran utilizar el aviso de los que nos acercamos al término de ella! ¡Si procuraran no hacerse ilusiones sobre el cariño ni el mérito ageno, ni dar lugar á que nadie se las haga sobre el propio! ¡Si por las cicatrices de los veteranos comprendieran lo rudo del combate! ¡Si supieran que en el problema de los afectos hay á veces incógnitas que es imposible despejar, misterios impenetrables, cosas de razon que no pueden realizarse, y armonías incomprensibles! ¡Si, en fin, se les pudiera anticipar un poco la experiencia del vivir para que conociendo lo áspero del camino se precavieran algo, no para andarle sin fatiga, no, que eso es imposible, sino para no regarle con tantas lágrimas de sangre!

Porque el desengaño causa heridas incurables. Se indemnizan los perjuicios; se dá satisfaccion de las ofensas; aunque con mucha dificultad se repara el mal hecho á la buena fama; mas para el que causa el desengaño no hay remedio: inocular su virus y emponzoña la existencia; aplica el hierro candente y lo quema todo, clava su garra y no la retira sino con pedazos del corazon que destroza.

Cada uno concibe el cielo á su manera. Nosotros le imaginamos como una mansion de verdad y de amor, en que los que aman no pueden engañar, ni ser engañados, ni engañarse.

CONCEPCION ARENAL.

Gijon 26 de Setiembre de 1878.

## ¡PRISION PREVENTIVA!

---

¡Cuántos artículos escritos en LA VOZ DE LA CARIDAD con este título! ¡Cuántas veces hemos abogado porque las causas se activen, porque se disminuyan los casos de privación de libertad á los encausados, y porque se corrijan los abusos de las cárceles! En medio de la amargura que causa el considerar el estado de nuestras prisiones, tenemos un consuelo al ver que ya no estamos solos. Periódicos de diversas opiniones políticas empiezan á ocuparse de este asunto, y la opinion pública despier-ta un poco de su profundo letargo. Lo que es necesario es, que no se haga arma de oposicion, ni cuestion de gabinete la reforma ó el mal estado de las cárceles. De él son y somos responsables todos; no hay partido ni gobierno que pueda tirar la primera piedra; ni el bien ni el mal se improvisa, y tanto como se hace en las cárceles, debe venir de muy atrás. Trátese pues de remediar, procurémoslo todos, cada cual segun sus medios. Uno de ellos es dar publicidad á los abusos, y por eso reproducimos, tomado del *Diario de Barcelona*, el siguiente artículo de nuestro amigo el Sr. D. Pedro de Armengol y Cornet.

### LO QUE DEBE DECIRSE.....

Cuando las quejas y las lamentaciones de la prensa no son atendidas, y los males que las motivan siguen en aumento, es necesario que los órganos de la publicidad, olvidando por un momento sus diferencias de doctrina, formen todos á coro una sola voz, y repitiendo cien veces y cada dia sus justos cargos, apremien á quien *debe* hacerlo, á poner remedio pronto y eficaz al mal, si este afecta á la honra, al buen nombre del país y ataca los derechos de la humanidad.

En las columnas del *Diario de Barcelona*, en LA VOZ DE LA CARIDAD, en distintos periódicos de provincias, y en las del *Imparcial* se han repetido las quejas por lo que pasa en las cárceles y los presidios: todo ha sido en vano, y los abusos han ido en aumento, *sin que los que deben procurarlo* hayan dictado ó dado á la publicidad una resolucíon que indique el propósito de cortar el vuelo que aquellos van tomando.

Hoy, la cuestion de las cárceles, de sus abusos, de su inmoralidad exuberante, es ya una cuestion social; es una acusacion de barbarie y ferocidad que mancilla la honra de España.

Abusos, explotaciones, exigencias, trampas y misterios los ha habido siempre en las casas de detencion y de condena de

España; la falta de una ley que exija condiciones especiales á los empleados todos que en aquellos han de ejercer sus funciones, altas ó bajas, ha sido puesta varias veces en evidencia, y la causa capital siempre de que los esfuerzos privados hayan sido estériles: todos los partidos han pasado por el poder, y ninguno ha tenido una mirada de compasion para los desgraciados sujetos á la accion de los tribunales ó que expían sus faltas, ninguno háse ocupado un momento de la moralidad esencial á estos establecimientos incalificables, llamados aquí cárceles y presidios. Pero es necesario reconocer y confesar que jamás la marea del abuso y el escándalo habia subido tanto.

Un órgano oficial de un centro administrativo no escaseaba los elogios á un empleado, á quien llamaba el empleado modelo, y este acababa de ser entregado á los tribunales, y á esta órden siguen otras que comprenden á otros funcionarios: en Valencia acaba de ser suspendido en su cargo el alcaide de Serranos por abusos denunciados: en el Saladero se da puñalada limpia como en Despeñaperros: en Barcelona se desafian y matan los presos como pudieran hacerlo en un despoblado, en su cárcel se representan comedias, se hacen simulacros, disparándose fuegos artificiales, y por todas partes hay que pagar dos, tres ó cinco duros por derecho de limpieza á los matones y perdonavidas que suelen ser los hombres de confianza y de estimacion de los alcaides y comandantes, ¿por qué.....? porque aquellos saben mantener el órden material, y vienen á ser los verdaderos jefes de la casa.

Esto que parece exageracion, ha sido expuesto, explicado y detallado por un periódico de Barcelona; ha sido repetido cien veces en distintos periódicos, y desde que la prensa empezó á citar hechos y denunciar abusos, por todas partes vienen noticias de su repeticion. Pues la prensa toda, ha de recoger todos los datos, todos los detalles y darlos cada dia á luz, hasta cegar á los que deben atajar el mal, y al parecer no han dado señales de actividad para procurarlo: y síntomas hay de algo resuelto en sentido opuesto, toda vez que formado un expediente para dirimir un conflicto surgido entre un alcaide y una Junta auxiliar de cárcel, los fundamentos y los racionios de la resolucion han sido tales, que sobre no haber sido posible regularizar la administracion de la cárcel como en tiempos anteriores, los abusos se han agravado y las cosas han llegado hasta donde no habian alcanzado jamás.

Hoy es público, notorio y sabido que el desgraciado á quien se priva de la libertad por órden judicial ó gubernativa, se ve precisado para librarse de una paliza ó una puñalada, á pagar, so *pretexto de exencion del servicio de limpieza*, cuatro, cinco ó diez duros á los cabos del patio ó la galería. Antes se toleró que se pagaran diez reales, hoy la tarifa es tanto mayor cuanto más inexorable. ¿Qué le importa al que sufre prision preventiva, un fallo absolutorio por completo, si durante su estancia en la cárcel, ha sido blanco de vejaciones de los presos, y del humor del alcaide para pasar ó no á una preferencia, si ha visto

mermados sus haberes y sobre todo, si ha sido testigo de actos de repugnante inmoralidad y ha oído lecciones ilustradas con ejemplos, sobre el modo de cometer delitos y burlar la pena? ¿Qué importa que los tribunales averigüen los delitos é instruyan las causas, si en la cárcel misma se enreda la madeja del sumario, se preparan las pruebas de descargo, y se sabe al día lo pedido por el Promotor, lo decretado por el Juez, lo declarado por los testigos? Pues bien, esto es lo que debe decirse en todos los tonos, por todos los órganos de la prensa, cada día, hasta conseguir un verdadero, completo y pronto remedio á tanto abuso y tanto escándalo.

Durante nuestro reciente viaje al extranjero, hemos visto en distintos países establecimientos de prisiones comunes; de cárceles celulares, hemos podido examinar todos los sistemas, todas las prácticas, hemos recogido un gran caudal de notas y observaciones, hemos visto varias prisiones establecidas en locales malísimos, pero por todas partes hemos podido aquilatar la bondad del servicio, el orden, la laboriosidad de los presos y penados, la limpieza, hasta el lujo; son raras las observaciones desfavorables que hemos debido consignar, pero lo más notable, lo sobresaliente de la observación, es el personal de jefes, subalternos y auxiliares de todas clases. A ellos y solo á ellos se debe que allí no suceda lo que es tan frecuente, en todos los órdenes: allí las traslaciones de empleados son pocas, aquí infinitas: allí el preso y el penado no sufren vejaciones, aquí son explotados por mil medios: allí las fugas son contadas, aquí innumerables: allí hay orden, aquí desorden absoluto, crónico, casi incorregible: ¿por qué? Simple y sencillamente porque allí no ha sido ni será jefe de cárcel un espulsado del ejército, un conspirador de oficio, un banderillero, un prestamista tronado, un cafetero quebrado, y otras personas de esta *importancia y capacidad*: simple y sencillamente porque es axioma fuera de discusión que el orden, la moralidad, la laboriosidad, la limpieza, todo depende del personal administrativo en todos sus grados: una malísima cárcel como edificio, puede ser muy buena, con mucho orden, sin fugas, ni abusos, ni escándalos, dotándola de un *buen personal*. Este es el gran secreto de todo, el único remedio de todos los males: lo demás es consecuencia.

Y nuestra ceguedad llega hasta la fábula. Algunas veces hemos escrito párrafos análogos, citando ejemplos, invocando experiencias, y se nos ha llamado visionarios, apasionados por lo ideal, se nos ha escarnecido y ridiculizado, se nos ha dicho que el personal todo de España no era distinto ni peor que el de los demás países, y así como hemos sostenido que las excepciones de capacidad y demás favorables eran contadas, se nos ha repetido cien veces lo contrario. Apelamos al testimonio de los delegados oficiales del gobierno en el Congreso de Stockolmo, y dígannos si no, cuántas veces hemos debido exclamar, ¡qué diferencia de nuestros empleados! ¿cuántas hemos visto jefes de cárcel con 25 y 30 y más años de servicios? ¿cuántas hemos debido tragar saliva y sentir el rubor de la vergüenza, callando

por decoro nacional, mientras otros exponian datos y noticias que nos daban envidia? La fábula, empero, no ha acabado aquí. Se ha dicho por algun amigo apasionado que en el Congreso de Stockolmo se habian hecho grandes elogios de los trabajos, planos, memorias y estadísticas enviadas por la Direccion general de Establecimientos penales de España, etc., etc.; pues en esto solo hay de verdad la invencion de la fábula. No se han hecho tales elogios, por la sencilla razon de que los delegados oficiales reclamaron cada dia de la legacion de España lo que la Direccion les habia prometido enviar, cerrándose el Congreso y regresando aquellos á España sin haber recibido un pliego de papel, ni aun comunicado á la legacion el nombramiento de aquellos: no ha habido elogios porque estos planos y memorias no se han enviado; y no se han enviado porque empleando la estafeta de Madrid á Stockolmo *seis dias completos*, á haber salido aquellos trabajos en la estafeta del 12 de Agosto, como se ha afirmado y repetido, aun contando doble dilacion del viaje, el 24 de Agosto hubieran llegado á la capital de Suecia; y el 30 de Agosto no se habia recibido nada, y ni siguiera el 12 ni el 20 de Agosto se avisó por telégrama ni por carta á los delegados oficiales el envío de que tanto se ha hablado; siendo lo notable, lo gráfico de esta remision, que se haya hecho el 12 de Agosto, á última hora, cuando hace más de un año se sabia *oficialmente* el dia de la apertura del Congreso, y hubo más de dos años para preparar este envío. Si esto no es fábula, no sabemos qué cosa será la verdad.

Háse dicho que una gran figura de la administracion española está indicada para la Direccion general de Establecimientos penales. ¡Ojalá fuera verdad! Si antes de que este rumor sea un hecho, se trasladara dicha Direccion al ministerio de Gracia y Justicia, y luego se utilizaran los conocimientos especiales de aquella persona, nuestro corazon se abriria á la esperanza, pues serian dos pasos de gran influencia para iniciar científicamente la reforma penitenciaria en nuestra patria, la única nacion europea que no ha podido presentar señales de vitalidad en el Congreso de Stockolmo; pero la reforma vendrá porque hay progresos que se oponen y arrollan á cuanto se opone á su paso; la reforma vendrá porque la honra nacional lo exige.

Mientras llega, mientras se prepara, mientras los periódicos deban hacerse eco de lo que son nuestras cárceles preventivas, mientras la detencion sea un tormento tolerado, mientras la privacion de la libertad sea de hecho un foco de inmoralidad, de perversion y motivo de toda clase de abusos, es necesario que la prensa sea incansable, sea intolerante, para levantar su voz y repetir cada dia..... lo que debe decirse.

PEDRO ARMENGOL Y CORNET.

## LOS HIJOS DE LAS PENADAS DE ALCALÁ DE HENARES,

Y LA SOCIEDAD PROTECTORA DE LOS NIÑOS.

---

Muchas señoras caritativas de Alcalá, han gestionado repetida é inútilmente, porque se creara un Asilo para los hijos de las penadas, condenados, no por la ley, sino por la Administracion, á estar encerrados con sus madres, encierro que á muchos cuesta la vida, y á todos la inocencia. Otras personas de elevadísima posicion, parecieron interesarse por ellos; la prensa clamó tambien contra el grave abuso de recluir á estos inocentes en donde pierden la salud, mueren ó se corrompen. Todo ha sido inútil; no solo no se ha creado un Asilo para estas infelices criaturas, pero ni aun hay medio de que se les recoja en un establecimiento de Beneficencia como antes se hacia con las que estaban en igual caso. Las benéficas señoras, con una cuantiosa limosna (¡Dios bendiga á quien la ha dado!) cuidan de que los niños coman, pero no pueden impedir que estén rodeados de una atmósfera infecta tan fatal para su cuerpo como para su alma.

La caridad no desespera, pero se aflige, si espera mucho tiempo en vano, y esto acontecia á las protectoras de los inocentes cautivos, que ya no sabian adónde buscar para ellos redentores. Estos llegaron al fin, y la obra de redencion se llevará á cabo, por *La Sociedad Protectora de los niños*. Compadecida de aquellos pobrecitos encarcelados, comisionó á dos de sus individuos para que pasaran á Alcalá, como lo hicieron: al ver aquella desdicha, les impresionó más, como es natural, y comprendieron cuánto urgia aliviarla y arrancar niños hasta de 11 años, de aquel lugar de perversion. En este sentido deben haber informado, y su informe estuvo sin-duda de acuerdo con la opinion de sus compañeros, porque la Sociedad *ha señalado como obra preferente y la primera que se realizará, la fundacion de un Asilo para los hijos de las penadas de Alcalá*; este acuerdo se aplaude con lágrimas de gratitud, con lágrimas que consuelan, en vez de las amarguísimas que arrancaba la suerte de los que sin culpa sufrían tan terrible pena.

Condicion de todo sólido edificio es cimentarse bien, y firme cimiento echa, y buena piedra angular coloca la *Sociedad protectora de los niños*, recogiendo á los de la prision de mujeres, que con decir *que están peor que en la calle*, se dice cuánto urgia ampararlos y cuán meritoria obra es la del que los ampara. La bondad de esta obra, producirá en los asociados lo que se

llama *la propia edificación*, es decir, aquel convencimiento de que se cumple el deber, de que se hace bien, aquel testimonio que se da á sí mismo el hombre benévolo de que lo es, aquel auxilio que se recibe siempre que se merece, aquella gimnasia moral que acrecienta las fuerzas del espíritu ejercitándolas, y en fin, aquella dulce complacencia que suaviza todas las asperezas del camino.

Después de la *propia edificación* que es lo más esencial y lo primero, porque de la bondad de los operarios depende la de la obra, viene la edificación ajena, el buen ejemplo, ese gran donativo moral, que hacen los que obran bien, que indirecto, y aun invisible, no deja de ser poderoso, y mayor á veces que el socorro dado directamente al desvalido.

Sobre estos beneficios, los primeros aunque no los más ostensibles que hará la *Sociedad protectora de los niños*, aun hace otro, en este caso particular, porque la desdicha que va á socorrer, es además un cargo de conciencia y una vergüenza para España. Si los que debían hacerlo no lo han hecho, que lo haga alguno; que no tengamos en el cautiverio de esas criaturas un pecado sobre la conciencia y un borron sobre la honra, ¡que no los vea allí el filántropo extranjero que visite la prision; que no sepan que están los que al saberlo se afligen, y que Dios perdone á los que faltando á su deber los dejaron en aquel horrible encierro, y bendiga á los que por caridad los han sacado!

Gijon 6 de Octubre de 1878.

CONCEPCION ARENAL.

---

## ÁFRICA!!

---

A dos pasos de aquí, separada por un paseo, está el África, vasto territorio, hoy isla inmensa, desde que el rompimiento del Istmo de Suez lo separó del continente asiático.

¿Cuál es su situación en el día? ¿Qué papel representa en el concierto de las naciones civilizadas?

Cuatro palabras para examinarlo, no bajo el complicado criterio de la política y del derecho público internacional, materia vedada á nuestra modesta *VOZ DE LA CARIDAD*, sino bajo el sencillo punto de vista benéfico, en favor de los infelices africanos y de los que, sin ser africanos, sufren las consecuencias del estado de abyección en que se encuentra sumida esa importante parte del mundo.

Echando sobre ella una rápida ojeada, vemos que, excepto el Egipto que tiene una historia legendaria y que sigue la mar-

cha del progreso moderno; Argel, convertida en floreciente colonia francesa, y las pequeñas comarcas que Inglaterra posee en Sierra-Leona y en el Cabo de Nueva Esperanza; excepto eso, todo lo demás de las costas y del interior se halla en un estado tal de atraso, de ignorancia y de despotismo salvaje, que acusa al espíritu moderno de civilizadoras innovaciones, por todas partes difundido.

El fenómeno parecería increíble, si no fuera por desgracia una verdad evidente. No es un país inhabitable por la dureza de su clima, ni improductivo por la esterilidad de su suelo, ni falta de costas en varios mares, ni de ríos en diversas direcciones. Todo lo contrario: las condiciones de aquel país son para prosperar, para fomentar una población inteligente y para rivalizar con las antiguas de Europa y con las modernas de América.

Y sin embargo, el contraste no puede ser más completo y más doloroso. El Mediterráneo que, como decía un publicista inglés, es el gran lago de la civilización, tiene extensas costas florecientes desde Grecia hasta España; pero enfrente, excepción hecha, como hemos dicho, de Egipto y de Argel, solo vemos costas inabordables al progreso, porque sus habitantes están en la infancia de la civilización y en la decrepitud de la barbarie.

Marruecos, con un clima y condiciones físicas parecidas á nuestra España, ofrece en el día el repugnante cuadro de un gran pueblo, no solo en estado casi primitivo respecto á la vida civilizadora, sino tan desprovisto de gobierno y de recursos, que los bajás y el mismo sultán apenas mandan más que en el territorio que pisan con sus soldados, y se están dando continuamente los terribles espectáculos de gentes numerosas que mueren de hambre, ó que la satisfacen convirtiéndose, como los caníbales más salvajes, en antropófagos de sus semejantes.

Si seguimos la costa por el Atlántico, los reinos negros de Guinea, Senegambia, Mozambique, Zanguevar y otros, nos presentan la esclavitud en todo su desarrollo, como base de un sistema social, en que el derecho, la humanidad y la justicia son palabras vanas, y todo depende de la fuerza brutal.

En cuanto al interior, mucha parte desconocido, cual si se tratara de los inhospitalarios países del Polo ártico, tan solo atrevidos viajeros han logrado hacer peligrosas incursiones de exploración para traer noticia de los salvajes de aquellos países y de las condiciones físicas que tienen para no serlo.

¡Asombra en verdad este abandono en que la civilización deja á la barbarie!

Los europeos gastan sus fuerzas de todas clases en luchas desastrosas y sangrientas de potencia á potencia, por ambiciones de príncipes ó preocupaciones de pueblos. Su único resultado son ríos de sangre humana derramada y rectificaciones continuas en el mapa europeo, ensanchando los límites de las naciones poderosas á costa de las débiles ó de las vencidas.

Los americanos, destituidos de ambiciosos conquistadores de Ultramar, ó se entretienen tambien en algunas luchas intestinas ó se encierran en el egoismo emprendedor de la raza del Norte ó en la indolencia enervante, propia de los hombres del Sur.

Asia permanace estacionaria en medio de esos movimientos de progreso, y tan solo el poder británico explota las ricas comarcas de la India, mientras que la virilidad inteligente del pueblo japonés señala un porvenir de engrandecimiento en aquellos países, que hace treinta años considerábamos tan atrasados como la China y la Tartaria.

Pero ni europeos, ni americanos, ni asiáticos, se cuidan de las inmensas llanuras inesploradas del África y de sus costas con tan malas condiciones habitadas. Allí viven millones de criaturas humanas embrutecidas, sin que les llegue ni la voz sublime del misionero cristiano, ni la iniciativa del colono laborioso, ni las enseñanzas del hombre de ciencia, ni siquiera el perseverante espíritu mercantil que sabe abrirse paso hasta donde parece no le haya posible.

La barbarie en que yacen las naciones africanas, es un baldon de este pretencioso siglo, que parece jactarse de no haber ya *plus ultra* para los progresos que desarrolla en todos los ramos del saber y en todas las útiles empresas y descubrimientos que conducen al bienestar social.

No aconsejaríamos nosotros una guerra de exterminio contra esas razas degradadas, ni una conquista tiranica que no hiciera más que someter la raza negra á un cambio de esclavitud; pero ya que está admitido en el derecho público moderno que una nacion pueda intervenir en las interioridades de otra, aunque no haya recibido ofensa ni ataque directo, si considera que su marcha puede perjudicarle ó afectar á la paz general, ¿por qué las naciones civilizadas, movidas por un sentimiento elevado de humanidad, no habian de asociarse y estudiar y organizar una gestion colectiva, irresistible por lo poderosa, para mejorar á la fuerza las condiciones deplorables de los africanos y sacarles de la abyeccion repugnante en que se encuentran?

Ya que una nacion emplea contra otra la accion astuta de la diplomacia y la fuerza bruta de las armas, solo porque la vé dominada por la demagogia ó porque no trata bien á una parte de sus súbditos, como ha sucedido ahora con los cristianos de la Rumelia y de la Bulgaria, fútil pretexto de la terrible guerra ruso-otomana; ¿por qué no fijarse en esas grandes razas del suelo africano, que tienen algo peor que la demagogia, que es la barbarie pura, y que tratan á sus súbditos, hermanos nuestros ante Dios, con el despotismo cruelísimo de Dahomey y de Angola?

Aunque los sentimientos compasivos y humanitarios no aconsejasen estas ideas, el egoismo y el interés, que por desgracia se enseñorea ya de todo, debia aconsejar una gran cruzada de la civilizacion contra la barbarie. Se trata de un suelo

fértil, de un clima cálido y de una raza, que sin necesidad de ser esclavizada, porque eso siempre lo condenaríamos, se prestaria al trabajo del comercio y de la industria, en ventaja inmensa, tanto suya como de los que le llevasen la luz del Evangelio que ilustra en sentido religioso, y el espíritu colonizador y mercantil que desarrolla las fuerzas vivas del hombre y de la tierra.

Bueno y laudable es hacer el bien á un individuo: grandiosa empresa es hacerlo á un pueblo entero: consideremos, pues, lo que seria el hacerlo á naciones, tan grandes en territorio como las europeas, y vírgenes todavía de los principales elementos de civilización.

No tenemos la presuncion de creer que nuestra débil voz llegue á las altas regiones de los poderes europeos, donde se elabora el destino de los pueblos; pero si hubiera algun órgano más autorizado de la opinion pública que acogiese y protegiese nuestras ideas, tal vez podria irse formando sobre esta materia esa conciencia humana, que tan poderosamente se impone, cuando está rectamente inspirada.

Si tal sucediera, grande gloria añadiría nuestra época á las muchas que ya tiene, si en los tiempos futuros llamase la historia al siglo XIX, siglo de la regeneracion del África.

FAUSTO.

---

## LA CASITA DEL POBRE.

---

El jóven Cavestany, que se ha mostrado desde luego gran poeta dramático, sin haber principiado por ser poeta pequeño, acaba de dar al teatro otra produccion de su genio.

Titúlase *Grandezas humanas*; la crítica se ocupa en ensalzar sus bellezas, ó en señalar rebuscados defectos. Nosotros, apartándonos de ese terreno, no queremos privar á nuestros lectores de un bellissimo trozo del tercer acto, escrito en versos tiernos, recitados con gran ternura por la excelente actriz la señorita Mendoza Tenorio. Es el relato de una visita á la casa de unos pobres, felices á pesar de su pobreza, porque la compensa mucho amor de familia. Al trazar el jóven Cavestany este cuadro, parécenos que no ha seguido solo una inspiracion; debe haber algo de copia y de recuerdo, porque en materias de *caridad*, tiene cerca de sí buenos modelos que imitar. Hé aquí los versos:

FAUSTO.

«Cuando en el colegio estaba,  
un dia del mes de Enero  
cayó enfermo el jardinero  
que nuestro huerto cuidaba.

Yo al pobre viejo queria;  
 por eso, al saberlo así,  
 hácia la casa corrí  
 que al fin del huerto tenia.

Ya del sol la luz incierta  
 iba hundiéndose en su ocaso,  
 cuando detuve mi paso  
 en el umbral de la puerta.

¡La miseria pensé hallar  
 sus muros al trasponer;  
 á sufrir quise aprender  
 y aprendí tan solo á amar!

El sol poniente alumbraba  
 la mezquina habitacion;  
 de la alcoba en un rincon  
 el pobre lecho se alzaba,

donde el anciano dormia  
 venturoso y sosegado:  
 una mujer á su lado  
 allí rezaba ó leia;

y aquel cuadro contemplaba  
 otra mujer... digo mal,  
 una niña angelical  
 que al pié del lecho se hallaba.

¡Aquel grupo de ternura  
 placer me causó y tristeza;  
 ví, padre, mucha pobreza,  
 pero ví mucha ventura!

Ellas dos como en reflejo  
 del santo amor que sentian  
 ni á respirar se atrevian  
 por no despertar al viejo.

¡Hasta entonces los placeres  
 no comprendí del hogar!  
 ¡Ví al anciano despertar  
 en brazos de aquellos séres!

¡Ví de su amor el exceso  
 compensar tanto interés!  
 ¡Ví confundirse despues  
 sus tres almas en un beso!

¡Y al ver tanto bienestar  
 salí de aquella mansion!  
 ¡Lo que al ir fué compasion  
 era envidia al regresar!

---

ERRATA.—En el número anterior de LA Voz, pág. 1.<sup>a</sup>, donde dice  
*mano que levanta al cielo*, léase, *mano que levanta al caido*.